

AGUSTIN



LARA

Agustín Lara dirigiendo la interpretación de una de sus melodías.

El embajador mexicano atendió a Lara espléndida y fraternalmente. El pueblo de Chile le demostraba continuamente su cariño y su admiración. Mas pasados esos días en que el viajero siente la exaltación de la tierra nueva, renació en el músico su antigua tristeza: la tristeza de recordar el amor perdido.

En Chile, en aquellos días de amargura, nació "Sombra", una de las canciones más dolorosas de Lara:

*"Sombra de mi sombra
marcha tu recuerdo
por las callecitas
de mi pensamiento.*

Íntimos, sencillos, hondos, estos versos de Lara expresan la callada, la incurable pena del artista.

—Sólo Silvia puede salvarme—pensaba—. Sólo ella... Y por ella he de intentar mi salvación.

Resolvió, pues, volver a Río, a poner en práctica aquellas palabras con que se despidió de la mujer.

—Regresaré y regresaré por ti para que no nos separemos jamás.

Y una tarde del mes de noviembre de 1942, nuestro músico arribaba de nuevo a Río.

Se trasladó a un hotel y pensó en llamar a Silvia. Pero cuando ya tenía en la mano la bocina del teléfono, cambió de pensamiento. Recordó que conservaba en su poder la llave de la puerta de Silvia, desde aquella noche en que se abrió la rosa triste de su amor extraño.

Sonrió.

¿Y si él se presentara de improviso en la casa de ella?

Sin pensarlo más, decidió llevar a cabo su propósito. Y cuando cerró la noche, Lara se detenía ante la verja del jardín de Silvia.

—Recuerda lo que te dije cuando nos despedía—.

*"La dernière reverie
c'est la reve de ma vie
e'est unã tendre caresse
qui nous prend et nous blaisse
et nous laisse saus espoir dans la vie.*

Subió la blanca escalinata de mármol. Ante la puerta hizo ademán de llamar, pero la puerta cedió sola. Estaba dentro de la casa de Silvia. La voz sonaba cada vez más cerca. Volvió a su mente el pensamiento anterior. ¿Hacia bien en entrar en aquella forma?

Sin darse una respuesta, avanzó por el pasillo. A pesar suyo, sin proponérselo, procuraba no hacer ruido. ¿Estaría sola?... ¿Iba a descubrir de pronto el secreto de aquella vida de mujer?

Aquella puerta ante la que se encontraba, era la del saloncito donde estaba ella. Toda su sensibilidad se había sobreexcitado. Ahora, tal vez, se desharía el misterio que rodeaba aquel amor suyo. Sin dudar más, empujó suavemente la puerta. Silvia, sentada al piano, cantaba en voz baja. Absorta, no percibió el leve rumor que hizo la puerta al abrirse. Entró Lara en el saloncito. Silvia estaba sola.

Ella volvió la cabeza. Lara esperaba un grito de asombro. Pero Silvia, sin extrañeza y se diría que sin emoción, no hizo otra cosa que sonreírle con su sonrisa de caricia, como si le hubiera estado esperando.

Corrió hacia ella y la tomó en sus brazos.

—¡Loco!... ¡Loco!... —rió la mujer.

—Vengo por ti, a llevarte conmigo para siempre.

Se desprendió ella de sus brazos, dió algunos pasos por la habitación y, volviéndose hacia el hombre, exclamó con desesperado acento:

—Recuerda lo que te dije cuando nos despedía—.

En el primer barco salió de Río con rumbo a Nueva York. Un gran emoción le aguardaba en el barco. Mediada la travesía se tuvo noticia de la pérfida agresión japonesa a Pearl Harbor. Inmediatamente, el capitán del barco comenzó a tomar las medidas oportunas. El buque fué camouflado y la tripulación se puso en pie de guerra. Estados Unidos rompía las hostilidades con Alemania, Italia y Japón.

Así que llegó a Nueva York, Lara decidió regresar a México.

Tras aquella larga ausencia, añoraba su patria, su casa, su gente y su cielo.

Al llegar a México determinó descansar una temporada.

Ya el dolor era más soportable y el recuerdo, aunque inextinguible, comenzaba a perder su agudeza de puñal.

Procuraba divertirse con sus amigos. Procuraba, sin conseguirlo, olvidarla.

Un día recibió una invitación para una fiesta que había de celebrarse aquella noche en una embajada. Y Lara fué.

Los salones de la embajada aparecían llenos de invitados. Varias señoras rodearon inmediatamente a su músico favorito. Como de costumbre, brotaron esas preguntas que Lara ha oído tantas veces de labios de las mujeres:

—¿Cómo escribe usted sus canciones?... ¿Quién le inspiró "Imposible"?... ¿Qué mujer es "Santa"?

Y todas asediaban al músico poeta con su curiosidad y su admiración. Especialmente una jovencita le miraba con ojos de asombrada emoción. Por los salones le seguía constantemente, abrumándole con su ingenua charla de pájaro vacío.

De pronto, un amigo de Lara le tocó en el hombro. Se volvió el músico.

—¡Agustín!... Aquí te presento a la señora de... (Y pronunció el apellido de un conocido diplomático.)

Lara se quedó inmóvil, mudo, pálido. La señora de... era Mercedes.

—Tanto gusto, señor —murmuró ella.

Pronunció aquellas palabras pausada, serenamente, sin un ademán, sin un gesto. Y le tendió su mano, que no temblaba.

Cuando mayor era la emoción de Lara, se acercó sonriente un caballero. Y el amigo presentó:

—Su esposa.

Se estrecharon las manos. Lara no podía pronunciar una palabra. Tenía los ojos fijos en Mercedes. Los ojos de ella sostenían dulce y serenamente la mirada.

Tras aquel saludo para él perfectamente trivial, el diplomático se excusó y fué a reunirse a un cerro de amigos. El que los había presentado decía galanterías a una señora. Mercedes y Lara quedaron frente a frente.

Ella, imperturbable, encadenada su emoción—¡qué profunda tormenta gritaría en su alma!—le miraba en silencio. Lara sólo podía pronunciar en aquel instante aquellas palabras que salieron de su boca, tenues, íntimas, tremendas:

—He vencido... Me han amado... Pero de todo lo bueno y lo malo que pasó por mi vida, únicamente guardo el recuerdo tuyo.

Pasarán años y aunque su vida durara siglos, jamás olvidará este hombre la respuesta de la mirada de ella.

Volvió el amigo, y con su serenidad inalterable. Mercedes dijo:

—Recuerda lo que te dije cuando nos despedía—.

El embajador mexicano atendió a Lara espléndida y fraternalmente. El pueblo de Chile le demostraba continuamente su cariño y su admiración. Mas pasados esos días en que el viajero siente la exaltación de la tierra nueva, renació en el músico su antigua tristeza: la tristeza de recordar el amor perdido.

En Chile, en aquellos días de amargura, nació "Sombra", una de las canciones más dolorosas de Lara:

*"Sombra de mi sombra
marcha tu recuerdo
por las callecitas
de mi pensamiento.*

Íntimos, sencillos, hondos, estos versos de Lara expresan la callada, la incurable pena del artista. —Sólo Silvia puede salvarme— pensaba—. Sólo ella... Y por ella he de intentar mi salvación.

Resolvió, pues, volver a Río, a poner en práctica aquellas palabras con que se despidió de la mujer. —Regresaré y regresaré por ti para que no nos separemos jamás.

Y una tarde del mes de noviembre de, 1942, nuestro músico arrivaba de nuevo a Río.

Se trasladó a un hotel y pensó en llamar a Silvia. Pero cuando ya tenía en la mano la bocina del teléfono, cambió de pensamiento. Recordó que conservaba en su poder la llave de la puerta de Silvia, desde aquella noche en que se abrió la rosa triste de su amor extraño.

Sonrió.

¿Y si él se presentara de improviso en la casa de ella?

Sin pensarlo más, decidió llevar a cabo su propósito. Y cuando cerró la noche, Lara se detenía ante la verja del jardín de Silvia.

Las flores olían igual que cuando él, meses antes, la besó en la boca, y la luna era la misma luna de la noche aquella. Todo estaba igual que entonces... Mas ella, Silvia, ¿le esperaba al cabo del tiempo, igual que lo esperaba antes?

Fué aquel un pensamiento que le asaltó de pronto. Recordó el misterio que envolvía la vida de aquella mujer. Recordó las palabras que constantemente repetía ella:

—Nuestro amor es imposible y no puedo revelarte por qué.

¿Sería otro hombre la causa?... Acaso ese hombre estaba allí ahora. ¿No era una locura entrar de pronto en aquella casa?

Su razón le decía: ¡Vuélvete atrás!... Pero el instinto de aventura que hay en él le gritaba: ¡Entra!... ¡Entra!

Y entró. Presuroso abrió la verja. Al pisar el jardín, su impaciencia se calmó de súbito y pasó lentamente por calles de flores.

De pronto, dentro de la casa, comenzó a sonar un piano. Y una voz de mujer empezó a cantar, tenue, suavemente:

*"La dernière reverie
c'est la reve de ma vie
e'est una tendre caresse
qui nous prend et nous blaise
et nous laisse saus espoir dans la vie.*

Subió la blanca escalinata de mármol. Ante la puerta hizo ademán de llamar, pero la puerta cedió sola. Estaba dentro de la casa de Silvia. La voz sonaba cada vez más cerca. Volvió a su mente el pensamiento anterior. ¿Hacia bien en entrar en aquella forma?

Sin darse una respuesta, avanzó por el pasillo. A pesar suyo, sin proponérselo, procuraba no hacer ruido. ¿Estaría sola?... ¿Iba a descubrir de pronto el secreto de aquella vida de mujer?

Aquella puerta ante la que se entraba, era la del saloncito donde estaba ella. Toda su sensibilidad se había sobreexcitado. Ahora, tal vez, se desharía el misterio que rodeaba aquel amor suyo. Sin dudar más, empujó suavemente la puerta. Silvia, sentada al piano, cantaba en voz baja. Abstracta, no percibió el leve rumor que hizo la puerta al abrirse. Entró Lara en el saloncito. Silvia estaba sola.

Ella volvió la cabeza. Lara esperaba un grito de asombro. Pero Silvia, sin extrañeza y se diría que sin emoción, no hizo otra cosa que sonreírle con su sonrisa de caricia, como si le hubiera estado esperando.

Corrió hacia ella y la tomó en sus brazos.

—¡Loco!... ¡Loco!... —rió la mujer.

—Vengo por ti, a llevarte conmigo para siempre.

Se desprendió ella de sus brazos, dió algunos pasos por la habitación y, volviéndose hacia el hombre, exclamó con desesperado acento:

—Recuerda lo que te dije cuando nos despedíamos. ¡Es inútil!

Gritó Lara frenético:

—Pero, ¿por qué?... ¿por qué?

Silvia avanzó hacia él. Su rostro tenía una grave resolución. Y a sus ojos se asomaba una luz de angustia.

—Oyeme—le dijo—. Yo, que creí que jamás volvería a querer a ningún hombre, te quiero a ti más que a mi vida. Oyelo bien: más que a mi vida...

Pero te aseguro que si insistieras en lo que no puede ser, en lo que es y será siempre imposible, terminaría por huir de ti, acabaría por aborrecerte.

—¡Silvia!... ¿Qué dices?

—¡Vete!... ¡Vete ahora mismo!... ¡Por lo que más hayas querido en el mundo! ¡Vete!!

Era tan hondo el acento de la mujer, tan desesperada su expresión, tan angustiosas y suplicantes sus palabras, que Lara exclamó bajando los ojos:

—Está bien. Me iré ahora mismo. Nada te pregunto. Nada quiero saber. Solamente, para tu paz, te digo que jamás volveré a buscarte.

Y rápidamente, sin atreverse a mirarla, salió de la estancia.

tes de labios de las mujeres: —¿Cómo escribe usted sus canciones?... ¿Quién le inspiró "Imposible"?... ¿Qué mujer es "Santa"? Y todas asediaban al músico poeta con su curiosidad y su admiración. Especialmente una jovencita le miraba con ojos de asombrada emoción. Por los salones le seguía constantemente, abrumándole con su ingenua charla de pájaro vacío. De pronto, un amigo de Lara le tocó en el hombro. Se volvió el músico.

—¡Agustín!... Aquí te presento a la señora de... (Y pronunció el apellido de un conocido diplomático.)

Lara se quedó inmóvil, mudo, pálido. La señora de... era Mercedes.

—Tanto gusto, señor —murmuró ella.

Pronunció aquellas palabras pausada, serenamente, sin un ademán, sin un gesto. Y le tendió su mano, que no temblaba.

Cuando mayor era la emoción de Lara, se acercó sonriente un caballero. Y el amigo presentó:

—Su esposo.

Se estrecharon las manos. Lara no podía pronunciar una palabra. Tenía los ojos fijos en Mercedes. Los ojos de ella sostenían dulce y serenamente la mirada.

Tras aquel saludo para él perfectamente trivial, el diplomático se excusó y fué a reunirse a un cerro de amigos. El que los había presentado decía galanterías a una señora, Mercedes y Lara quedaron frente a frente.

Ella, imperturbable, encadenada su emoción—¡qué profunda tormenta gritaría en su alma!—le miraba en silencio. Lara sólo podía pronunciar en aquel instante aquellas palabras que salieron de su boca, tenues, íntimas, tremendas:

—He vencido... Me han amado... Pero de todo lo bueno y lo malo que pasó por mi vida, únicamente guardo el recuerdo tuyo.

Passarán años y aunque su vida durara siglos, jamás olvidará este hombre la respuesta de la mirada de ella.

Volvió el amigo, y con su serenidad inalterable, Mercedes dijo:

—Con permiso, señor.

Y se perdió definitivamente.

La jovencita que asediaba a Lara salió al encuentro del músico, y clavó en él una mirada de promesa. Lara sonrió amargamente y tomó una de sus manos.

—Acaba de nacer en mí una canción, señorita... ¿Quiere usted oírla?

Y poco después, en un saloncito confidencial, Lara cantaba al piano, junto a su amiga de una hora, pero con el alma puesta en el recuerdo de Mercedes, su nueva canción: la canción de su dolor supremo:

*"Cada noche un amor
distinto amanecer,
diferente visión...
Cada noche un amor,
pero dentro de mí
sólo tu amor quedó..."*